

Contrariamente a una cierta idea heredada del pasado no es de izquierdas todo lo que hacen los políticos de izquierdas; en realidad, muchas de las cosas que hacen quienes ocupan el poder tienden a estar excesivamente orientadas a mantenerse en él a cualquier precio, conducta esencialmente calificable como *de derechas*. Conviene profundizar en la reflexión de que, para la izquierda, resultan más importantes los votantes que los militantes y, en definitiva, más el pueblo que los propios votantes, porque el compromiso de la izquierda implica fundamentalmente una opción por lo humano, lo pequeño y lo cotidiano en detrimento de lo divino, lo grande y lo futurible; *hodie et nunc* existen problemas de hambre, miseria, violencia, marginación, sometimiento, degradación, explotación que urgen ser resueltos con prioridad a cualquier otro posible objetivo político. Desde este punto de vista, el Estado debe ser criticado como centro de peligrosa acumulación de poder sólo en la medida en que se respete su función de protección contra los abusos derivados de los demás arremolinamientos de poder (ya sean éstos los grandes capitales, la mafia o los partidos-iglesias fundamentalistas).

El riesgo de una izquierda incolora

La izquierda-religión dominante en la Europa del novecientos corre el peligro de convertirse en la izquierda incolora, inodora e insípida de la tecnocracia, si no redes-

cubre su significación primigenia de defensa de los valores revolucionarios que hace doscientos años conquistaron la dignidad del hombre por vez primera y que aún hoy reinan sobre la mayor parte de la tierra, la libertad, la igualdad y la fraternidad, necesariamente doblados hoy, pero no substituidos, por una nueva trilogía de laicidad, tolerancia y progreso. La izquierda del próximo siglo, muertos o arrinconados los sumos sacerdotes que la atezaron durante décadas, debe convertirse en la bandera de los derechos civiles y de las libertades fundamentales al servicio de una humanidad más feliz, más culta, menos desequilibrada, en un medio ambiente rescatado de la destrucción.

La izquierda es inconcebible e incompatible con la tolerancia respecto al hambre en el mundo, la amenaza nuclear, el armamentismo, la contaminación, la reclusión de la mujer tras el *shador* físico o intelectual y la pervivencia de desigualdades permanentes en razón al nacimiento. Parece claro, por tanto, que la izquierda no puede limitarse al ejercicio del poder, sino que ha de ser fundamentalmente un esfuerzo inmenso de emancipación de los ciudadanos, y esta es una tarea que sólo pueden realizar los propios ciudadanos, los cuales

tienen la oportunidad de desprenderse un poco del papanatismo *boillico* o de la cerrazón *nazionalista* (con Z), dos fenómenos preocupantemente extendidos en nuestra sociedad, mezclados con una galo-pante incultura en materia de humanidades, desde el lenguaje hasta la historia y la geografía.

Una política de izquierda, en suma, debe estar atenta al fomento del asociacionismo, evitando el error de querer instrumentalizarlo, limitarlo o ponerlo al servicio de los intereses de partido. Al contrario, la izquierda tiene que ser capaz de avivar las llamas de un movimiento asociativo plural, heterodoxo, activo y crítico, cuanto más independientemente mejor, que estructure y articule a la sociedad, y que la impida ser pasto de las pagandas totalitarias o del simple abandono conservador en el aburrimiento y la indiferencia.

Y los hombres y mujeres de izquierda que ocupan cargos políticos o funcionariales deben intentar recordar que el poder en el Estado de Derecho no es un privilegio divino sino una *delegación temporal* de una función pública por parte del pueblo, que exige, mientras se ejerce, mantenerse en contacto con la realidad. Una Administración democrática debe garantizar el ejercicio real del *derecho de audiencia* a los ciudadanos, en general, y a las asociaciones, en particular. Una Administración regida por la izquierda debe ser particularmente sensible a este principio: ¡en eso se notará la diferencia!

JOAN F. PONT CLEMENTE,
Presidente de la Fundación
Francisco Ferrer.

Asociacionismo e izquierda

JOAN F. PONT CLEMENTE

generalizado a la información y a la cultura. La izquierda está en la calle, en el hogar, en el colegio, en el club juvenil, y no en los despachos o en los púlpitos.

Apostar por el asociacionismo

En las asociaciones, jóvenes y adultos tienen la oportunidad casi única de huir de la cárcel que supone el encadenamiento sin solución de continuidad del metro, el trabajo y el sueño o la televisión, y de hallar estímulos para salir del individualismo y del tedio, para leer periódicos no deportivos o libros y para preocuparse por los demás, lo que les llevará a desarrollar su inteligencia, a cuestionar críticamente el entorno y a ejercer la facultad del ser humano que más han tratado de aniquilar reyes, papas y policías, *el libre examen*.

No existe izquierda sin asociaciones laicas y progresistas, porque de ellas nacen las ideas que hacen de la izquierda digna de tal nombre, y porque en ellas se educan quienes en el futuro podrán ejercer una posición de liderazgo político, a pesar de no haber nacido en una de las pocas familias que en todos los países se distribuyen dinásticamente el poder. Es en el asociacionismo laico donde niños y jóvenes